

# **Contrarrevolución en el Caribe: la CIA y los paramilitares cubanos en los 60**

**Jonathan C. Brown**

*Profesor. Universidad de Texas, Austin.*

En febrero de 1965 el público cubano sintonizó un interesante programa televisivo. Era el interrogatorio de cuatro infiltrados capturados en las montañas cercanas a Baracoa, en la entonces provincia de Oriente. Un hombre destacado en la lucha armada contra Fulgencio Batista había dirigido esta incursión. Eloy Gutiérrez Menoyo había pasado de revolucionario a contrarrevolucionario.

Durante el interrogatorio televisado, admitió haber desertado de Cuba a principios de 1961, y que al llegar a los Estados Unidos había permanecido cuatro meses en un centro de detención de Texas. A la larga, aceptó la oferta de entrenamiento militar del ejército norteamericano. Más adelante, se unió a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para entrenarse en el manejo de explosivos y ametralladoras. Los interrogadores cubanos le preguntaron en qué había

empleado las nuevas habilidades. Explicó que había organizado un grupo de combatientes contrarrevolucionarios, recaudado cincuenta mil dólares en la zona de Miami, comprado armas y embarcaciones y dirigido seis o siete ataques armados contra objetivos cubanos. Afirmó ser el líder de una alianza de organizaciones: el Segundo Frente Nacional del Escambray, Alpha 66 y el Movimiento Revolucionario del Pueblo.

También le preguntaron cómo él y sus tres colaboradores habían logrado obtener armas tan sofisticadas y establecer bases en Bahamas, Puerto Rico y República Dominicana. Respondió que las autoridades norteamericanas, así como como las Fuerzas Armadas dominicanas, proporcionaron estos recursos. Le pidieron su opinión acerca de las organizaciones contrarrevolucionarias en el extranjero. «Malísima. Tienen una moral muy baja». Reconoció que sus hombres habían organizado ataques contra Cuba para recaudar fondos y que, sin lugar a dudas, «era posible» que hubieran muerto personas inocentes.

Respecto del ataque armado, Menoyo declaró: «Tuve que ir a muchas casas de campesinos. Eran muy hostiles y en cuanto nos íbamos les contaban a las Fuerzas

---

Amelia Fischer se desempeñó como asistente de investigación en la preparación de este artículo. El autor desea agradecer a Jorge Domínguez, Ana Covarrubias, John Turino, Mark Lawrence y Kart Weyland por sus reflexivos comentarios en versiones anteriores de este artículo.

Armadas que estábamos en la zona... Nos rodearon y nos capturaron el 23 de enero; entonces vi que cientos de obreros habían abandonado el trabajo, tomado las armas y salido a perseguirnos». <sup>1</sup> El programa parecía confirmar dos importantes argumentos que Fidel Castro había estado repitiendo luego de tomar el poder en 1959: que los traidores como Menoyo estaban trabajando para la CIA y que las masas apoyaban a la Revolución.

De hecho, durante los años 60, la denuncia de intervenciones armadas era un elemento característico en las relaciones caribeñas. Los grupos paramilitares actuaban desde Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua y Venezuela. Había abundantes pruebas de la complicidad de los Estados Unidos con estos contrarrevolucionarios en los chapuceros lanzamientos aéreos hechos por la CIA a los guerrilleros anticastristas de las montañas del Escambray y en el entrenamiento de los emigrados cubanos derrotados en Bahía de Cochinos. <sup>2</sup>

La CIA prefería a tres grupos particulares dirigidos por hombres que habían participado en el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista y que durante algún tiempo habían estado al servicio del Gobierno Revolucionario. Las tres agrupaciones aseguraban que Fidel había traicionado a la Revolución. Estrictamente hablando, solo los antiguos partidarios de Batista habrían deseado restablecer el viejo régimen o un gobierno similar. Sin embargo, los batistianos recibieron escaso apoyo norteamericano para las actividades encubiertas, aunque la CIA los había reclutado para el desembarco en Bahía de Cochinos. Tampoco se extraditó a Cuba a ningún batistiano que pudiera haber participado en abusos de los derechos humanos durante la dictadura. De todas maneras, los ex revolucionarios y los antiguos seguidores del dictador compartían dos objetivos: el derrocamiento de Fidel Castro y la exclusión de los comunistas.

En un estudio oficial se llegó a la conclusión de que a principios de 1961 la CIA desarrolló grandes capacidades para realizar operaciones paramilitares contra Cuba. Se les seleccionó a un considerable número de cubanos y se les ha dado un entrenamiento intensivo en todos los aspectos de las actividades paramilitares, sabotaje y tácticas de comando [...] Solo se ha empleado un pequeño porcentaje del personal entrenado. <sup>3</sup>

En el presente artículo se examinan dos asuntos: las razones por las cuales el gobierno de los Estados Unidos apoyó en forma encubierta a la contrarrevolución y por qué esa política se tornó contraproducente. El gobierno toleró y, en algunos casos, pagó a los emigrados contrarrevolucionarios debido a que, a raíz de la invasión de Bahía de Cochinos, en abril de 1961, los dirigentes políticos norteamericanos no habían

ideado otra política factible para derrocar el régimen comunista de Fidel Castro. Los exiliados cubanos llenaron este vacío político. En las operaciones encubiertas los emigrados buscaron publicidad para sus hazañas, violaron leyes internacionales y la legislación norteamericana; amenazaron a los aliados de los Estados Unidos, y llevaron a cabo actos de piratería y terrorismo. Con la esperanza de poder negarlo todo, los funcionarios de la seguridad norteamericana renunciaron a controlar a los contrarrevolucionarios cubanos cuyas desesperadas tácticas dieron a sus enemigos la supremacía moral. Por consiguiente, las actividades encubiertas de los comandos anticastristas más que socavar, reafirmaron el poder de Fidel Castro.

## Fervor anticomunista en Miami

La comunidad cubana en Miami vio multiplicarse muchos grupos efímeros que operaban algunos barcos de pesca y unas pocas armas con el objetivo de atacar barcos soviéticos e instalaciones militares cubanas. Otros desembarcaban «infiltrados», como los llamaba la CIA (si bien Fidel Castro los definía como «saboteadores»), cerca de La Habana o de las cadenas montañosas de la Isla. Los jefes del cuerpo de guardacostas, el FBI, la CIA, así como las autoridades de Miami y de la Florida sabían de esas actividades, porque los emigrantes se jactaban abiertamente de ellas. Al no tener recursos financieros para establecer bases en terceros países, muchos grupos violaron las leyes de neutralidad de los Estados Unidos y organizaron ataques armados directamente desde la Florida o Puerto Rico. Sin embargo, pocos fueron llevados a los tribunales. Algunos contrarrevolucionarios se esforzaron por atraer la atención de los agentes de fronteras y de los guardacostas, con fines publicitarios. Los documentos de la presidencia dan fe de una gran cantidad de conspiradores a los que los funcionarios del gobierno les confiscaron armas y embarcaciones, muchas de las cuales fueron devueltas a sus dueños. <sup>4</sup>

De todos modos, en Miami, Nueva Jersey y Nueva York había decenas de grupos contrarrevolucionarios. Allí radicaban el Directorio Revolucionario Estudiantil, los Cubanos Libres, el Movimiento Insurreccional de Recuperación Revolucionaria, el Frente Unido de Liberación Nacional, el Movimiento Democrático Cristiano y la Federación Estudiantil Universitaria. Ex partidarios de Batista crearon otros grupos, como la Confederación de Trabajadores de Cuba en el Exilio, el Movimiento Realista, la Rosa Blanca y la Luz de Yara. Además, dirigentes partidistas de los años 40, como Carlos Prío Socarrás, Aureliano Sánchez Arango, Antonio «Tony» Varona y Raúl Chibás, también

participaron en innumerables conspiraciones anticomunistas. Los oficiales de inteligencia del Departamento de Estado desestimaron por completo esas actividades.

El FBI y la CIA utilizaban agentes e informantes hispanohablantes a fin de abrir expedientes sobre todos estos posibles combatientes, y contrataron personal bilingüe para traducir la información. Los documentos de inteligencia enviados a la Casa Blanca durante el gobierno de Lyndon B. Johnson citaban fuentes como «un destacado líder cubano en el exilio que antes ocupaba un cargo ministerial», «miembro de un grupo de emigrados cubanos entrenados en técnicas para recoger información», así como a un participante que «ha brindado información útil durante más de dos años». Tal vez algunos miembros de las comunidades cubanas radicadas en Miami y en Nueva Jersey brindaran información voluntariamente con la esperanza de figurar en la nómina del gobierno. La CIA reveló pormenores acerca de la compra de armas y el entrenamiento clandestino de misteriosos grupos que aseguraban tener protectores muy poderosos.<sup>5</sup> Algunos tuvieron ideas ridículas. Varios paramilitares planearon invadir Haití o Guatemala con la ayuda de conspiradores nacionales, mientras que otros propusieron tomar el poder en esos países y convertirlos en bases para atacar a Fidel Castro.<sup>6</sup> La publicidad, más que el secreto, parecía ser la táctica seguida por muchos grupos, sobre todo por aquellos con pocas posibilidades de éxito. Tad Szulc afirmó en *The New York Times*:

Durante cinco años, estas «guerras» contra Castro originadas en Miami fueron las operaciones subversivas planeadas y efectuadas con mayor publicidad en la historia de las fechorías internacionales. Los líderes de la mayoría de los «grupos de acción» tienen una increíble afición a las conferencias de prensa, así como a desmesurados e imaginativos relatos de hazañas que en forma alguna pudieron haber ocurrido.<sup>7</sup>

Si los agentes norteamericanos conocieron los pormenores de esas conspiraciones, la red de espionaje cubana también los conocía. Agentes del Departamento de Seguridad del Estado (DSE) infiltraron espías entre los que huían de Cuba, y periódicamente los agentes de la CIA lograban detectarlos. De hecho, en 1964, Fidel Castro reconoció en público que sabía todo lo que tramaban los contrarrevolucionarios.<sup>8</sup>

Las interminables solicitudes de apoyo financiero suscitaban escepticismo y ambivalencia en muchos formuladores de política norteamericanos, lo cual explica por qué tan pocos grupos recibían fondos. «En esencia, no considero que los exiliados cubanos tengan mucho que ofrecerles a los Estados Unidos para ayudarnos en forma significativa a solucionar el problema cubano», afirmó el asesor de la Casa Blanca

Gordon Chase. El asesor para la seguridad nacional, McGeorge Bundy, advirtió que el apoyo a la contrarrevolución hacía que los Estados Unidos parecieran hipócritas, sobre todo al tratar de que la OEA votara a favor de una condena a la Revolución cubana por patrocinar a los guerrilleros que luchaban en América Latina. Por otra parte, observó:

Tendremos que convivir con Castro un buen rato y [...] más vale que nos vayamos acostumbrando a la idea. Al mismo tiempo quizás debiéramos mantener este rumbo desagradable, entre otras razones, porque le hace la vida más difícil a Castro y aumenta ligeramente las escasas posibilidades de que se destruya solo y lo derroquen.<sup>9</sup>

Otro asistente de la Casa Blanca añadió: «Tal como están las cosas, parece estar convencido de que estamos vinculados a los ataques, lo cual es cierto».<sup>10</sup> A pesar del escepticismo, se siguió apoyando a los contrarrevolucionarios hasta mediados de los años 60. ¿Por qué? Porque luego del fracaso de Bahía de Cochinos y de la Operación Mangosta, dos proyectos de la CIA contra la Revolución, no existía ninguna otra política para eliminar a Fidel Castro.

Debido a las reservas de muchos funcionarios del gobierno de Johnson, la CIA optó por brindarle fondos suficientes para operar desde el Caribe solo a tres de los numerosos grupos existentes. Los líderes de las unidades comando favorecidas no llevaban el estigma de haber prestado servicios a la dictadura de Batista. Por el contrario, todos habían colaborado en la Revolución y en el gobierno provisional. En el léxico de la seguridad norteamericana eran «liberales». La CIA eligió a Eloy Gutiérrez Menoyo, a Manuel Ray Rivero y, en especial, a Manuel Artime Buesa como adalides de la contrarrevolución.<sup>11</sup> Sus relatos evidencian grandes gastos, cooperación con regímenes autocráticos de Centroamérica, la debilidad de la contrarrevolución en el extranjero y la fortaleza del régimen revolucionario cubano. Estas fuerzas anticastristas no asestaron golpes devastadores a la Revolución y a menudo colocaban a los formuladores de política de los Estados Unidos en una posición embarazosa.

## El guerrillero experimentado

El Segundo Frente Nacional del Escambray surgió en la lucha contra Batista. En 1957, Eloy Gutiérrez Menoyo era miembro del Directorio Revolucionario (DR), el brazo armado del movimiento de resistencia estudiantil en la Universidad de La Habana. El DR tenía nexos con el Partido Auténtico del ex presidente Carlos Prío Socarrás. Encabezado por José Antonio Echeverría, en 1957 constituía una amenaza más directa para la dictadura que el puñado de guerrilleros del

Movimiento 26 de Julio (M-26-7) en la Sierra Maestra. El Directorio ideó la estrategia de golpear en la cima. El 13 de marzo de 1957, Carlos Gutiérrez Menoyo dirigió el asalto al Palacio presidencial con unos cincuenta hombres, pero el ataque fracasó. Hubo muchas bajas, incluidas la suya y la de Echeverría. Al final, Faure Chomón y Rolando Cubelas, junto a otros sobrevivientes, se alzaron en las montañas del Escambray.<sup>12</sup> Menoyo se separó de los demás y abrió un «segundo frente». Reclutó al único norteamericano que llegaría a alcanzar los grados de comandante: William Morgan.

Mientras las fuerzas del M-26-7 lograban el dominio militar en la provincia de Oriente, los grupos de resistencia en Las Villas sobrevivían a duras penas. Ernesto Che Guevara llegó al Escambray en octubre de 1958 con una columna del Ejército Rebelde de unos 140 guerrilleros. Dos de los tres grupos guerrilleros del DR se unieron a Guevara en la batalla de Santa Clara, que cayó en manos de los revolucionarios e hizo que Batista huyera del país el 31 de diciembre.<sup>13</sup> Gutiérrez Menoyo y sus aliados se sumaron entonces a las fuerzas armadas encabezadas por Fidel Castro, que incluían miembros del 26 de Julio y elementos del ejército de Batista que no hubieran cometido atrocidades contra la ciudadanía.

El comandante Gutiérrez Menoyo prestó servicios en la provincia de Las Villas. Allí frustró uno de los escasos ataques armados de partidarios del ex dictador llevados a cabo después de la Revolución, en agosto de 1959. Ex oficiales de Batista establecieron contacto con él a fin de involucrarlos en la conspiración. Planeaban coordinar la insurrección anticomunista con el aterrizaje de un avión cargado de batistianos procedentes de República Dominicana. Sin embargo, Morgan y Menoyo ayudaron al Ejército Rebelde a capturarlos y detuvieron a otros trescientos soldados del antiguo ejército.<sup>14</sup>

Los servicios que prestaban a la Revolución continuaron hasta 1960. Cada vez que concedía una entrevista, Menoyo manifestaba su oposición a las amenazas que representaban los ex simpatizantes de Batista y su patrocinador, el dictador dominicano Rafael L. Trujillo. No obstante, no denunció a los norteamericanos que daban refugio a los criminales de guerra que favorecían a Batista. No criticó a los Estados Unidos por patrocinar la contrarrevolución aunque eso siempre estaba presente en los discursos pronunciados por Fidel. El Segundo Frente Nacional del Escambray perdía influencia en el seno de la Revolución. Menoyo anunció su licenciamiento y el de su brazo político, la Organización Auténtica. Afirmó que deseaba aunar a todos los elementos revolucionarios en «un solo movimiento con un programa común basado en los

ideales de Martí y en la esencia radical de la acción liberadora».<sup>15</sup> Al final, trasladó a algunos de sus seguidores de vuelta al Escambray en pública rebeldía a la Revolución de Fidel Castro.

A fines de 1960, la embajada de los Estados Unidos estimó que unos seiscientos guerrilleros anticomunistas resistían en el Escambray y que apenas la mitad contaba con armas suficientes. Las primeras unidades de milicianos enviadas por el Gobierno Revolucionario a la provincia no pudieron contener a los rebeldes. La rebelión lo obligó a comprometerse seriamente en su eliminación. Durante la etapa inicial de lucha, la Revolución tuvo un mártir. En enero de 1961, los alzados apresaron y ahorcaron a Conrado Benítez, joven maestro voluntario. «Era pobre, era negro y era maestro. He ahí tres razones para que los agentes del imperialismo lo asesinaran», declaró Fidel.<sup>16</sup> La invasión de Bahía de Cochinos, que se esperaba desde hacía tiempo en Cuba, alertó a las autoridades del peligro de que los infiltrados reforzaran a los cuadros guerrilleros de las montañas. A las fuerzas milicianas, que a pesar de sufrir grandes bajas habían impedido el establecimiento de una cabeza de playa en Girón, se les asignó otra tarea: ser la tropa de choque de la campaña contra bandidos.

Los especialistas reconocen que la cantidad de alzados había sido muy superior e incluido a muchos campesinos. Según fuentes del gobierno cubano, durante ese período llegaron a operar hasta 180 bandas diferentes. Durante toda la campaña, la cifra de alzados muertos o capturados llegó a 3 500, y murieron quinientos milicianos.<sup>17</sup> La mayoría de las armas y provisiones lanzadas en los paracaídas por aviones de la CIA, incluso antes del desembarco de Bahía de Cochinos fue interceptada.<sup>18</sup>

En enero de 1962, Menoyo huyó del país por vía marítima y comenzó el interrogatorio de cuatro meses en Texas. Una vez llegado a Miami, creó la organización Alpha 66. El Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), Alpha 66 y el Segundo Frente se especializaban en actividades de infiltración y sabotaje. Menoyo propuso a la CIA el Plan Omega, que permitiría a esas organizaciones infiltrar agentes armados en la provincia de Las Villas. Él mismo encabezaría el primero de esos tres grupos. También le hizo saber que andaba buscando bases de entrenamiento en Yucatán, Panamá y República Dominicana, ahora que Trujillo había sido eliminado. Anunció que recibiría apoyo financiero adicional de Prío Socarras.<sup>19</sup> Menoyo aseguró que el Segundo Frente también tenía agentes valiosos en Venezuela, donde el presidente Rómulo Betancourt, desafiado por guerrilleros izquierdistas, alentaba las actividades anticomunistas. Un integrante del Segundo Frente se reunió con el periodista del *New York Times* Herbert Mathews

**Los grupos paramilitares actuaban desde Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua y Venezuela. Había abundantes pruebas de la complicidad de los Estados Unidos con estos contrarrevolucionarios en los chapuceros lanzamientos aéreos hechos por la CIA a los guerrilleros anticastristas de las montañas del Escambray y en el entrenamiento de los emigrados cubanos derrotados en Bahía de Cochinos.**

con la esperanza de obtener publicidad para sus actividades.<sup>20</sup>

Quizás el Plan Omega no fuera tan coherente como decían. El Departamento de Estado informó que varios dirigentes de los grupos que colaboraban con Menoyo se sentían marginados, y que en Miami todavía quedaban personas recelosas del Segundo Frente por haber traicionado la conspiración batistiana de 1959. No obstante, Gutiérrez Menoyo logró el apoyo público de la comunidad de exiliados al organizar un boicot eficaz de los productos británicos en protesta por la venta de ómnibus al gobierno cubano.<sup>22</sup> Integrantes de la comunidad de inteligencia de los Estados Unidos manifestaron su aprobación a la «decidida» personalidad de Menoyo. En el Departamento de Estado era conocido como «el español que se hizo ciudadano cubano en 1959 y [que] se reserva las opiniones y es hermético hasta un punto casi desconocido entre los cubanos».<sup>22</sup> Más adelante, los hechos irían minando lentamente esta imagen de decisión y hermetismo.

En mayo de 1964, cuando desapareció de la vista pública, comenzaron a circular, rápidamente, en la comunidad cubana de Miami, rumores de que Menoyo estaba en la provincia de Pinar del Río, con unos setenta combatientes que habían reunido armas y lanchas rápidas en Venezuela y República Dominicana.<sup>24</sup> Algunos también especulaban que sus hombres estaban planeando un ataque aéreo a un buque mercante británico. Los agentes tuvieron noticias de las movilizaciones de efectivos cubanos y del movimiento de tanques y armamento pesado en Pinar del Río. Las fuerzas del gobierno informaron la muerte de unos alzados contrarrevolucionarios en la Sierra de los Órganos. Los documentos de la CIA no aclaran si Menoyo realmente había llegado a Pinar del Río, huido a La Habana, o escapado en una embarcación, como insinuaban sus hombres.

Durante los próximos seis meses, el Segundo Frente comenzó un período de introspección y reconstrucción. La estrategia seguida pasó del desembarco de muchos guerrilleros a la creciente infiltración de unidades pequeñas. Los expedicionarios debían partir de la base enclavada en República Dominicana. El propio Menoyo

encabezaría el primer grupo. Se ocultarían en las montañas durante un mes a fin de establecer relaciones con la población campesina. Más adelante otras unidades pequeñas reforzarían a la vanguardia. Para el desembarco, Menoyo escogió las estribaciones de la Sierra Cristal, cerca de Baracoa. Junto a tres hombres desembarcó poco después del 25 de diciembre de 1965. Los primeros informes procedentes de Miami exageraban los éxitos alcanzados por los invasores, y se afirmaba que eran unos noventa hombres. El jefe de servicios del Segundo Frente en Miami se aprestaba a viajar a Nueva York para reunirse con Tad Szulc, a fin de dar publicidad a los resultados alcanzados por Menoyo.<sup>24</sup>

La verdad era muy diferente. Las milicias obreras de la cercana ciudad de Guantánamo respondieron al llamado de alerta y persiguieron al pequeño grupo de cuatro contrarrevolucionarios hasta que se rindieron. En La Habana, la agencia noticiosa Prensa Latina anunció la captura de Menoyo y sus tres cómplices. Fidel Castro se personó en Baracoa.<sup>25</sup> Oficiales de la base naval norteamericana de Guantánamo informaron de grandes concentraciones de efectivos en la zona.<sup>26</sup>

Mientras tanto, la Casa Blanca se apresuraba a formular una declaración que negaba su complicidad con el grupo de Menoyo. Gordon Chase aconsejó que los Estados Unidos no intercedieran en su favor. Ello equivaldría a admitir que este era un valioso agente de la CIA en Cuba.<sup>27</sup>

Esa es la razón por la que el gobierno de los Estados Unidos no hizo nada cuando la entrevista a los cuatro prisioneros por la televisión. El reportaje se publicó en la prensa norteamericana. Allí se citaba una declaración de Menoyo: «Estuve trabajando un tiempo con la CIA».<sup>28</sup> En Miami solo los grupos partidarios de Batista se regocijaron con la captura de los guerrilleros del Segundo Frente. El resto comenzó a desmoralizarse.<sup>29</sup> Más tarde, un tribunal militar condenó en Cuba a Gutiérrez Menoyo. Poco después, Fidel Castro interrumpió un discurso en la Universidad de La Habana para preguntar si debía ser ejecutado o si se debía pagar un rescate por él. Los estudiantes votaron por aclamación a favor del pago del rescate.<sup>30</sup> En una singular muestra de unidad, las organizaciones «liberales»

de la comunidad cubana en Miami firmaron solicitudes de clemencia. El cellista Pablo Casals y el ex presidente mexicano Lázaro Cárdenas, huésped frecuente del Gobierno Revolucionario cubano, también hicieron peticiones similares.<sup>31</sup> A la larga a Menoyo logró la conmutación de la pena, pero no el pago del rescate, y pasó veintidós años en cárceles cubanas.

## Solo promesas y planes

Manuel (Manolo) Ray Rivera fue el desertor de más alto nivel en recibir apoyo financiero de la CIA. Había participado en la lucha contra la dictadura y organizado la red de la Resistencia Cívica en la capital. Sobrevivió a la brutal represión desatada a raíz de la huelga general de abril de 1958 en toda la ciudad. Como dirigente de la clandestinidad urbana, instó a los consumidores a comprar solo artículos de primera necesidad, privando así a la dictadura de ingresos fiscales por concepto de artículos suntuarios. «No acudas a lugares de entretenimiento. Cuba está de luto», exhortó.<sup>32</sup> Por esas razones, en enero de 1959, Ray recibió el nombramiento de Ministro de Obras Públicas del primer gobierno revolucionario.

Aunque había sido miembro del Movimiento 26 de Julio, no llegó a integrar el grupo de asesores más cercanos a Fidel; ocupó un cargo prestigioso aunque no de importancia fundamental. Por otra parte, a su hermano menor se le asignó una tarea delicada. René Ray Rivero llegó a ser uno de los principales directores del Ministerio para la Recuperación de Bienes Malversados. En ese puesto se encargó de confiscar efectivos y propiedades adquiridos por funcionarios del régimen batistiano mediante el cohecho. Era una labor de suma importancia y, a todas luces, René no la hizo bien. Las fuerzas de la Seguridad lo detuvieron por complicidad en el robo de quinientos mil dólares depositados en la cuenta bancaria de un ex senador de Batista.<sup>33</sup>

Manolo Ray siguió en el Ministerio hasta el otoño de 1959, incluso cuando el presidente Urrutia y muchos otros dejaban de prestar servicios en el gobierno y partían al exilio. El hecho que definió aquel otoño fue el caso de Hubert Matos. Fidel Castro había ordenado al jefe del Ejército Rebelde, comandante Camilo Cienfuegos, detener a Matos, jefe militar de Camagüey, y a su Estado mayor.<sup>34</sup> Manolo se sumó a otros tres ministros del gabinete que se oponían a los planes de enjuiciar a Matos por traición. Perdieron el debate y también la confianza de Fidel. En noviembre de 1959, Manuel Ray Rivero renunció a su cargo y se retiró a la vida privada.<sup>35</sup>

La embajada de los Estados Unidos había mantenido relaciones cordiales con los funcionarios

cubanos reemplazados en noviembre y diciembre de 1959. Mientras aumentaba la postura antiyanqui en la política de Fidel, Raúl y el Che, los diplomáticos norteamericanos confiaban en poder reafirmar el poder de los «moderados» en el seno del gobierno cubano. Esa estrecha relación se mantuvo cuando Ray y otros antiguos asociados en la Revolución enrumbaban hacia las filas de la oposición. La embajada recogió información acerca de los grupos de resistencia interna, y sus análisis de los sucesos revolucionarios solían reflejar las ideas de esos disidentes de clase media que informaban a los diplomáticos.

Numerosos médicos, juristas e ingenieros abandonaban el país, mientras algunos iniciaron operaciones clandestinas contra el régimen. En octubre, Manolo Ray había creado una organización anticastrista llamada Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). La embajada de los Estados Unidos lo consideraba uno de los líderes que podrían unir a los diferentes grupos guerrilleros. Los diplomáticos entendieron que el programa del MRP entrañaba el restablecimiento de la Constitución de 1940, el respeto a las libertades civiles, el Estado de derecho y el inicio de reformas económicas y sociales sin comunismo. Equipararon la ideología de Ray a «fidelismo sin Fidel».<sup>36</sup>

Ray abandonó Cuba el 7 de noviembre de 1960 y llegó a los Estados Unidos justo a tiempo para que la CIA lo asignara al Consejo Revolucionario Cubano, que en esos momentos preparaba la invasión de Bahía de Cochinos. La mayoría de los líderes emigrados desconfiaban de él por sus ideas izquierdistas y por los servicios prestados al Gobierno Revolucionario. Cuando la operación de Bahía de Cochinos fracasó, abandonó el Consejo y creó la Junta Revolucionaria Cubana (JURE), organización dedicada a promover infiltraciones y sabotajes en Cuba. Como explicara a la CIA, pensaba dirigir la Junta «con la mayor independencia posible de cualquier nexo oficial con los Estados Unidos». Si bien los agentes de la CIA consideraban que «era difícil de manejar», en junio de 1963 le ofrecieron apoyo financiero. Inició operaciones en Puerto Rico, donde trabajaba para el gobierno y construía viviendas para ganarse la vida.<sup>37</sup>

La JURE comenzó las operaciones tras la excarcelación de los miembros de la Brigada 2506, a fines de 1962. En el sur de la Florida se estaban formando grupos paramilitares, y muchos trataron de obtener donaciones de los emigrados cubanos y del gobierno norteamericano. En busca de publicidad, Ray y sus asociados participaron en un piquete en la ciudad de Washington cuando la OEA analizaba la aplicación de sanciones contra Cuba. Se sumaron a la acusación hecha por Venezuela de que Fidel Castro se había inmiscuido «en los asuntos internos del país» al apoyar

a los guerrilleros izquierdistas. Los integrantes de la JURE también se unieron a las filas de manifestantes que protestaban frente al consulado de Brasil en Miami durante la presidencia de João Goulart, de tendencia izquierdista, quien mantuvo estrechas relaciones diplomáticas con el régimen cubano.

Ray se encargó de divulgar que velaba porque todas las operaciones públicas fueran legales para que los funcionarios norteamericanos supieran que era digno de recibir apoyo financiero. En esa situación, los agentes secretos deben haberse quedado muy desconcertados por las estrafalarias informaciones que llegaban a la sede de la CIA en Langley: los líderes de la JURE creían que en el grupo había un espía de la CIA. Cables procedentes de Miami informaban que un tal Juncadella se había hecho sospechoso al revelar que un oficial de la JURE tenía en su casa un transmisor de radio clandestino. Por esa razón los líderes del grupo tratarían de aislar al sospechoso en el seno de la organización.<sup>38</sup> Resulta difícil entender las intenciones perseguidas por quienes idearon estas informaciones, verdaderas o falsas. Sin duda, la CIA sabía si Juncadella era agente suyo o no. ¿Acaso la Junta abogaba por un aumento del apoyo financiero que recibía, o estaba haciendo una advertencia a la CIA?

Más adelante comenzó a rumorarse que Manolo Ray y sus colaboradores de la JURE estarían luchando en Cuba el 20 de mayo de 1964, aniversario de la instauración de la República, en 1902. Ray anunció la fecha para reforzar el prestigio de la Junta en la comunidad de Miami y para alentar la resistencia en Cuba. Las fuerzas armadas rebeldes estaban en estado de alerta, pero todavía no se habían movilizado. Mientras tanto, la JURE entrenaba a sus reclutas en las elevaciones de Puerto Rico. Uno de ellos, capturado después en Cuba, explicó: «Hicimos el entrenamiento de guerrillas en la sede de la Junta Revolucionaria Cubana [...] armando y desarmando armas de fabricación norteamericana, explosivos y equipos inalámbricos. También aprendimos a orientarnos y a leer mapas».<sup>39</sup>

El plan elaborado por Ray requería que una lancha desembarcara en un sitio cercano a La Habana. Por allí se infiltrarían trece hombres disfrazados y provistos de documentación falsa y se dirigirían a una casa de seguridad convenida de antemano. La embarcación Venus debía salir a toda máquina de Puerto Rico el 19 de mayo.<sup>40</sup> La Junta aseguraba contar con el apoyo de Raúl Chibás, hermano del fundador del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás, suicidado de un balazo en 1949. Los informantes también afirmaban la existencia de fricciones en la JURE cuando algunos nuevos miembros descubrieron que no participarían en la infiltración. Ray les aseguró que debían continuar entrenándose para una lucha larga y equilibrada. En el

último momento, los planes cambiaron: los infiltrados partirían de una base situada en Costa Rica.<sup>41</sup>

El día señalado, Ray no estaba en Cuba ni en Costa Rica, sino a bordo de una embarcación en los cayos de la Florida. El nuevo plan exigía que una embarcación se dirigiera a los manglares situados frente a la costa norte de la provincia de Matanzas, donde él se reuniría con sus colaboradores. Había obtenido equipos de comunicaciones del gobierno norteamericano e hizo saber que en el futuro necesitaría artículos de ese tipo en Cuba para demostrarles a sus partidarios que contaba con el apoyo de los Estados Unidos. Tenía intenciones de infiltrarse e iniciar una campaña de sabotaje y propaganda en La Habana. En esos momentos, el vocero de la Junta sostenía conversaciones con el coordinador para Asuntos Cubanos del Departamento de Estado e insinuaba que «resultaría irónico» que los esfuerzos de Ray en contra de Fidel Castro fracasaran porque el gobierno norteamericano le hubiera negado el apoyo solicitado. El diplomático John Crimmins le preguntó qué había hecho Ray con todo el dinero recogido en «diversas campañas para la recaudación de fondos». El vocero afirmó que se había utilizado en los preparativos.<sup>42</sup>

Mientras tanto, la campaña publicitaria de la JURE había comenzado a bombo y platillo. *The New York Times* publicó artículos redactados por Tad Szulc, a partir de una serie de entrevistas a Ray, ex ministro de Obras Públicas, pero ahora un combatiente por la libertad. Los artículos le dieron la impresión a la comunidad de exiliados que este contaba con el respaldo de la CIA, habida cuenta de que los cubanos de Miami consideraban que ese diario era «el órgano de la política oficial de los Estados Unidos». Grupos paramilitares rivales se molestaron con la privilegiada cobertura dada a Ray, que para ellos se asemejaba a la entrevista hecha a Fidel Castro por el influyente periodista Herbert Mathews.<sup>43</sup>

Por esa razón, los integrantes de la JURE aguardaban la radiodifusión de Manolo Ray desde Cuba. El sábado 23 de mayo era la fecha fijada. Sin embargo, no hubo ningún contacto radial. «Los representantes de la Junta Revolucionaria Cubana consideran que si no hay noticias todo marcha bien, y la única explicación es que Ray aún no ha tenido oportunidad de comunicarse», concluyeron los informantes de la CIA.<sup>44</sup> A los pocos días, el vocero de Ray informó que aún no habían llegado a Cuba porque la vigilancia por parte de las autoridades de los Estados Unidos dificultaba muchísimo apoyar los esfuerzos de Ray.<sup>45</sup> En Cuba, el gobierno declaró que los milicianos y el ejército seguían trabajando en la zafra azucarera, pero estaban listos a responder a cualquier desembarco. El 29 de mayo, Fidel Castro anunció que aún no se había enterado de ninguno.<sup>46</sup>

Por fin, el 3 de junio se tuvieron noticias; se había encontrado una embarcación a la deriva en aguas de las Bahamas. El buque británico Decoy partió en esa dirección y allí la tripulación halló armas, municiones y explosivos a bordo, por lo que detuvo a los tripulantes y a siete pasajeros. Se trataba de Ray. Iba acompañado de dos norteamericanos: el periodista independiente John Thomas Duncan y Andrew St. George, de la revista *Life*, quien se había hecho mala reputación en 1958 por fotografiar a Fidel y a los guerrilleros del 26 de Julio en la Sierra Maestra. En la Casa Blanca, Gordon Chase reflexionaba: «Tendremos mucha animosidad [por la detención de Ray] de los políticos de línea dura que nos acusarán de estar ayudando a Castro». El Departamento de Estado opinaba que Ray se había convertido en «un hazmerreír» por haber sido apresado en las Bahamas diez días después de que debiera haber estado en Cuba.<sup>47</sup> De todos modos, la CIA le dio dinero adicional, además del estipendio mensual que recibía para que se recuperara del «humillante y escandaloso» fracaso.<sup>48</sup>

De vuelta a Miami, Ray siguió inmerso en un torbellino de nuevas conspiraciones, encaminadas a despistar a los agentes cubanos o de la CIA. Su siguiente paso consistió en el despegue desde una pista de aterrizaje cercana a Cayo Hueso, acompañado de cinco colaboradores. Al día siguiente, 11 de julio, los guardacostas interceptaron dos embarcaciones de la JURE y advirtieron a los pasajeros que si continuaban rumbo a Cuba «podrían ser recibidos con hostilidad». Ray hizo que las embarcaciones dieran vuelta hacia Cayo Hueso. Volvió a zarpar el 13 de julio, pero las grandes olas anegaron la lancha. Más adelante comunicó a oficiales del Departamento de Estado que tenía planes de infiltrarse e iniciar una insurrección urbana. «Ray consideraba que [el] elemento fundamental para iniciar [la] campaña sería su presencia física en Cuba a fin de elevar la moral de la resistencia». Los funcionarios le recordaron que el gobierno de los Estados Unidos se oponía a que se emprendieran ataques armados desde territorio nacional. Ray se comprometió a «hacer todo lo posible por llevar a cabo los planes sin entrar en conflicto con la política [de los Estados Unidos]». Los agentes sugirieron que sería prudente operar desde un punto que no fuera la Florida.<sup>49</sup> Manuel Ray siguió el consejo.

Seis meses después, la CIA decidió informar de Ray y la JURE al gobierno de Johnson. Ray estaba en Puerto Rico, a bordo de la Venus, que haría las veces de embarcación nodriza para transportar lanchas rápidas que se lanzarían al agua cerca de aguas cubanas. Se aprestaba a partir de la base costera que la Junta tenía en República Dominicana llevando armas de pequeño calibre y ametralladoras calibre 50, pero las

reparaciones del sistema de radar de la Venus estaban ocasionando demoras. La JURE también contaba con trece hombres cuyos nombres figuraban en el cable de la CIA, incluido Hubert Matos Araluce, hijo del ex comandante del Ejército Rebelde que cumplía prisión en las cárceles cubanas. Desde su base dominicana, la embarcación debía dirigirse a las costas de la provincia oriental. A Ray ya no le interesaba infiltrarse. Tenía planes para emprender ataques armados contra objetivos enclavados a lo largo del litoral.<sup>50</sup> Sin embargo, las demoras en Puerto Rico desencantaron a los hombres. «Están ansiosos de entrar en acción, pero Ray solo les hace promesas y les habla de planes», informó la CIA. Se afirmó que el patrón de la Venus, José Rabel Núñez, organizaba un amotinamiento. Hasta febrero de 1965, cuando los miembros abandonaron la organización, continuaron las intrigas en el seno del grupo.<sup>51</sup>

De ese modo, Manuel Ray desapareció de los informes de Langley enviados al Consejo de Seguridad Nacional durante la presidencia de Johnson. La Venus continuó en la base naval dominicana hasta abril de 1965, cuando estalló la rebelión militar constitucionalista. Los rebeldes trataron de incautar la embarcación y las armas, pero se vieron frustrados por las fuerzas del gobierno. Más adelante, Rabel Núñez regresó a Miami y luego se infiltró en Cuba «para recoger [a sus] familiares». Allí fue capturado.<sup>52</sup> Ya para entonces el tercer y supremo adalid de las operaciones encubiertas también iba acercándose al final de las suyas.

## El niño mimado de la CIA

Ningún grupo contrarrevolucionario recibió tanto apoyo del gobierno de los Estados Unidos como el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR) de Manuel Artime Buesa. A diferencia de Menoyo y de Ray, Artime se sumó a la lucha contra Batista en los días finales de 1958, pero, como ellos, pasó varios meses al servicio de la Revolución. Al final de la contienda era teniente del Ejército Rebelde. En el mes de mayo, en su calidad de Primer ministro, Fidel Castro promulgó la primera Ley de reforma agraria y creó el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA). El capitán Antonio Núñez Jiménez, a quien la embajada de los Estados Unidos consideraba sospechoso de «tendencias comunistas», fue su primer director y el teniente Artime lo administró en el distrito de Manzanillo, en la provincia de Oriente. Estaba a cargo de los llamados Comandos Rurales.<sup>53</sup>

Según dijo, pronto comenzó a molestarle la retórica cada vez más anticatólica y antinorteamericana de los dirigentes revolucionarios. El caso de Hubert Matos también lo conmovió. Llegó a afirmar que el propio

Fidel aceleró su desertión. Las cosas llegaron al límite en el mes de noviembre, cuando el Primer ministro y el nuevo presidente del Banco Nacional, Che Guevara, dirigieron la palabra a los funcionarios del INRA. Como indicara Artime en su carta de renuncia, ambos afirmaron que la Revolución continuaría el giro hacia el socialismo. Cuando la carta se hizo pública, sus superiores en el INRA lo acusaron de desfalco. Entonces abandonó su puesto y se acogió a la protección de una organización clandestina dirigida por la Iglesia católica. En una casa de seguridad en La Habana se reunió con otros conspiradores y creó el MRR. Luego propuso trasladarse al extranjero para solicitar apoyo a los Estados Unidos mientras sus colaboradores permanecían en Cuba. Al final, se encaminó hacia agentes de la CIA que lo sacaron clandestinamente del país a bordo de un carguero hondureño. Otros miembros de la CIA aguardaban su llegada en Miami, donde la publicación en Cuba de la carta de renuncia a la Revolución le había dado gran relieve.<sup>54</sup>

Una vez que el presidente Eisenhower aprobó la operación que se convertiría en la invasión de Bahía de Cochinos, los oficiales de la CIA decidieron que sus contactos lo hacían candidato a dirigente. Lo ayudaron a redactar y publicar un libro en el que denunciaba el comunismo cubano y lo enviaron a impartir una serie de conferencias por América Latina. Cuando regresó a Miami, lo ayudaron a reclutar a los líderes militares de la Brigada 2506. Enroló a dos ex oficiales del ejército de Batista, José San Román y Erneido Oliva. Entonces, lo enviaron a la zona del Canal de Panamá para que se adiestrara en guerra irregular y comunicaciones militares. Luego siguió un curso de instrucción militar en Guatemala. Los entrenadores del ejército norteamericano lo nombraron Político o jefe de administración civil de la Brigada, y también pasó a ser miembro del Consejo Revolucionario Cubano, que Manolo Ray sería uno de los últimos en integrar.

Desde las bases enclavadas en Nicaragua, los invasores cubanos efectuaron un desembarco anfibio en Playa Girón. La Brigada 2506 sufrió una aplastante derrota. Cuando los milicianos y efectivos del Ejército Rebelde capturaron a la mayoría de los sobrevivientes, Artime intentó huir al Escambray, pero anduvo deambulando por las ciénagas hasta que las fuerzas revolucionarias lo capturaron. Pasó más de año y medio encarcelado y fue liberado junto a otros brigadistas solo dos meses después de la Crisis de los misiles, en 1962.

De regreso en Miami, quiso continuar luchando contra los comunistas, y la CIA lo consideró una opción que, lógicamente, se debía apoyar. Se trataba de un famoso disidente, con entrenamiento militar avanzado y de un «héroe» de Bahía de Cochinos, al que incluso el ex presidente Carlos Prío Socarrás admiraba. Prío

recurrió a su propio prestigio y contactos para ayudar al MRR. Negoció con oficiales del ejército dominicano para obtener apoyo logístico y con Luis Somoza, ex presidente de Nicaragua, para viabilizar el viaje de los reclutas que se unirían en la base nicaragüense. Al igual que casi toda la comunidad cubana en los Estados Unidos, Prío también sospechaba que la CIA apoyaba al MRR. En una ocasión, afirmó que Artime era muy ambicioso y que contaba con «el respaldo de los jesuitas».<sup>59</sup>

No obstante, el apoyo de la CIA determinó que el equipo de Artime constituyera la fuerza paramilitar mejor equipada y más eficaz entre las contrarrevolucionarias del Caribe. A diferencia de la mayoría de los líderes de esas organizaciones, Artime no perdía tiempo importunando al prójimo para recaudar fondos. No buscaba publicidad y le aseguraba a todo el mundo que no recibía dinero de la CIA. Sin embargo, su personal recibió entrenamiento directo de los oficiales de esta, sobre todo en comunicaciones avanzadas. «Vamos a derrocar a Castro; esta vez sí vamos a lograrlo», le aseguró Artime a los reclutas.<sup>56</sup> Con solo dar su nombre, obtenía audiencias de líderes de Costa Rica, República Dominicana, Panamá y Nicaragua; no tenía que violar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos porque el MRR disponía de los medios para preparar ataques armados contra Cuba desde las diferentes bases que tenía fuera del territorio norteamericano. Reunió unos trescientos hombres y doscientas toneladas de armas que le costaron a la CIA alrededor de seis millones de dólares.<sup>57</sup> Desde luego, ese respaldo lo alienó de grupos más pequeños que no recibían nada de la Agencia.

El apoyo de la CIA y la fama de Artime resultaron muy ventajosos a la hora de reclutar a los mejores hombres disponibles. A partir del momento en que se los aceptaba para recibir entrenamiento, los reclutas de Miami recibían entre 150 y 250 dólares mensuales. En la última semana de diciembre de 1963, más de 150 cubanos estaban entrenándose en Costa Rica, donde Artime se hizo de una base naval en tierras pertenecientes a Teodoro Quirós Castro, vicepresidente de la asamblea legislativa de ese país.

Para 1964, crecían las expectativas, respecto a sus planes en las comunidades de exiliados cubanos diseminadas por todo el Caribe. Los miembros del MRR corrían la voz de que un centenar de hombres se entrenaban en Nicaragua, Costa Rica, Honduras y República Dominicana, aunque en realidad la cifra pudiera haber sido superior. Aseguraban recibir «apoyo material completo» del gobierno de los Estados Unidos, aunque también insinuaban que estaban cronometrando las actividades para hacerlas coincidir con las elecciones de 1964, y así presionar para conseguir más para la causa.<sup>58</sup>

**Si las económicas operaciones encubiertas brindaban réditos potencialmente jugosos, ¿por qué razón la Casa Blanca interrumpió el programa de la CIA para ayudar a la contrarrevolución cubana en el Caribe? ¡Porque se había vuelto contraproducente!**

No obstante, tras ser denunciados en Venezuela, el MRR comenzó a aplacar los bríos y trasladó hombres y equipos bélicos a Nicaragua, donde se sentían más seguros. Con el respaldo de los Somoza, Artime no tuvo que encarar incómodas críticas de la izquierda. Halló en Anastasio Somoza un compañero de armas en la lucha contra el comunismo, así como un vocero de la causa conservadora. «Quien esté respaldando a Artime del lado de los americanos no debe mandarle gente con la que no pueda trabajar, sino dejarlo dirigir la función sin pensar en cambiarlo por otro, si es que realmente alguien ha tenido esa idea», confesó Somoza a un informante de la CIA. A él no le importaba que si los integrantes del MRR caían en manos de Fidel Castro durante una incursión, revelarían que Nicaragua estaba ayudando a la organización. Sin embargo, incluso allí resultaba imposible ocultar la presencia de los contrarrevolucionarios. En Managua, reporteros y comentaristas radiales se refirieron públicamente a sus actividades en Puerto Cabezas. Informaron que pronto iniciarían una invasión «con ayuda de las fuerzas armadas de los Estados Unidos». El personal de la embajada norteamericana en Managua se apresuró a negar esos rumores, aunque no sabían con certeza qué estaba ocurriendo en el litoral caribeño del país.<sup>59</sup>

La ayuda incondicional que los emigrados cubanos recibieron de Somoza superaba con creces la recibida del sistema político más abierto de Costa Rica. En Nicaragua, el régimen facilitaba las operaciones permitiéndoles concentrarse en el entrenamiento militar. El cónsul de Somoza en Miami, un teniente de la Guardia Nacional, facilitaba los viajes y comunicaciones del Movimiento. El gobierno tampoco aplicaba los requisitos aduaneros de rigor a los cargueros que abastecían al MRR.<sup>60</sup> Una pista de aterrizaje recién construida facilitaba el apoyo aéreo. Las pruebas indican que la dictadura somocista incluso los apoyó en cuestiones disciplinarias y de seguridad. En una ocasión, tres cubanos esposados fueron entregados a la Guardia Nacional en Puerto Cabezas y trasladados a Managua. Los informantes creían que esos hombres podían haber sido espías cubanos.<sup>60</sup>

Los informes de inteligencia llegados a Washington indicaban que el MRR estaba reuniendo un impresionante aparato paramilitar. Su estación naval,

en Punta Mono, se hallaba dentro de una zona de seguridad militar situada en la costa caribeña de Nicaragua. Las medidas de seguridad del gobierno redujeron el uso de las tierras, y el valor de las propiedades sufrió una drástica caída. Entonces los Somoza empezaron a comprar tierras baratas y ampliaron el aislamiento de los reclutas cubanos. Las tripulaciones de lanchas rápidas del MRR iban y venían entre Bluefields y Punta Mono. Se detectó la presencia de medios de desembarco que se entrenaban en el litoral. A menudo el personal cubano pasaba el tiempo libre en los bares de Puerto Cabezas y Bluefields. Por esa razón, cuando todos regresaron a los campamentos, a mediados de mayo de 1964, los informantes estimaron que era inminente algún tipo de asalto.<sup>62</sup> Estaban en lo cierto.

El 13 de mayo, el MRR atacó la refinería de azúcar de Puerto Pilón y aseguró haber obtenido una gran victoria. Corrieron rumores de que los atacantes habían destruido el central, el depósito de combustible y una torre de radio. Aunque la refinería contaba con todas las cuadrillas de trabajo, un miembro del equipo que realizó el ataque naval afirmó que solo dos mujeres sufrieron heridas leves. «A una distancia de 25 a 30 millas de la costa, las llamas del objetivo incendiado aún se veían con claridad», informó un asaltante del MRR.<sup>63</sup> Sin embargo, la CIA tenía dudas y afirmaba que durante el ataque solo se habían quemado dos almacenes y setenta mil sacos de azúcar. El propio Secretario de Estado, Dean Rusk, confirmó la veracidad del ataque e indicó que la incursión no había partido del territorio de los Estados Unidos.<sup>64</sup>

Los asesores en materia de seguridad nacional de la Casa Blanca siguieron vigilando las actividades del MRR. «Se espera que Artime ataque de nuevo esta semana. No podemos hacer otra cosa que agarrarnos todos de la brocha», especulaba un asistente, en junio de 1964.<sup>65</sup> A la larga, en el mes de agosto, el MRR llevó a cabo otra incursión armada. En esta ocasión atacó, durante 55 minutos, la estación de radar de Cabo Cruz, situada en la costa sur de la provincia de Oriente. En la conferencia de prensa organizada en Panamá, Artime aseguró que la unidad comando «había destruido» la estación de radar con la que 150 cubanos y tres asesores

rusos rastreaban las lanchas que transportaban a los que huían de Cuba.<sup>66</sup>

Luego se produjo el hecho que puso en entredicho la campaña anticastrista de los exiliados, en particular el apoyo recibido del gobierno de los Estados Unidos. La embarcación nodriza del MRR había trasladado lanchas rápidas hacia aguas del Caribe, al este de la provincia de Oriente. En la madrugada del 15 de septiembre de 1964, una de ellas se topó con un carguero de 1 600 toneladas que avanzaba rumbo a Cuba. La lancha describió un círculo alrededor del carguero, que llevaba todas las luces encendidas, y luego se alejó a toda velocidad. Poco después regresaron tres lanchas más y abrieron fuego con lanzacohetes y ametralladoras calibre 50 sobre el puente de la embarcación. «Las lanchas atacantes parecían embarcaciones de recreo», declaró luego la tripulación. Cuando se retiraron, el barco era «un casco en llamas», inmóvil sobre las aguas. Un carguero holandés respondió a los llamados de socorro, rescató a nueve de los veinte miembros de la tripulación y los trasladó a las Bahamas. Un helicóptero de la marina de los Estados Unidos en Guantánamo recogió a ocho que estaban heridos y los cadáveres de otros tres, muertos en combate. Estos eran el capitán y dos oficiales de cubierta.<sup>67</sup>

Horas después, fuentes del exilio afirmaban que fuerzas comando anticastristas vinculadas a Manuel Artime habían atacado un carguero cubano que transportaba azúcar. No obstante, el vocero negó haber atacado ninguna embarcación la noche anterior. Tenía buenas razones para negarlo. A todas luces, los asaltantes creyeron haber atacado el Sierra Maestra, el mayor carguero de la marina mercante cubana, cuando en realidad este navegaba rumbo a China con un cargamento de azúcar.<sup>68</sup> Habían atacado el Sierra Aranzazu, un buque español.

El gobierno del general Francisco Franco, así como los de Francia y Gran Bretaña no habían roto relaciones diplomáticas ni comerciales con Cuba, como la inmensa mayoría de los miembros de la OEA. Presionados por los Estados Unidos, los españoles convinieron en interrumpir la navegación hacia Cuba a partir de abril de 1965. Sin embargo, el incidente del Sierra Aranzazu había indignado tanto al gobierno español, que estaba considerando cancelar el acuerdo. La Cancillería dio a conocer un comunicado de prensa acusatorio: «Tales hechos jamás hubieran ocurrido de no ser por los actos de piratería y bandidismo del gobierno de los Estados Unidos contra Cuba desde bases situadas en el territorio norteamericano y los países del Caribe y la América Central». Añadió que «el gobierno de los Estados Unidos sabe perfectamente quién llevó a cabo este ataque, ya que los autores fueron

elementos mercenarios equipados, pagados y dirigidos por la Agencia Central de Inteligencia».<sup>69</sup>

Las protestas en España se aplacaron un tiempo cuando funcionarios de los Estados Unidos se comprometieron a investigar. Los agentes de la CIA sabían perfectamente que el MRR había llevado a cabo la acción. No obstante, por razones de seguridad convencieron a la Casa Blanca de que el gobierno de los Estados Unidos debía negar que conociera de antemano del ataque y rechazar la idea de que algún grupo financiado por este hubiera atacado el carguero español.<sup>70</sup> En la Casa Blanca, John Crimmins preparaba la «guía» para decirles a los españoles «la mínima [información] indispensable para impedir que crean que estamos tratando de engañarlos».<sup>71</sup> Los asistentes de la Casa Blanca también dieron instrucciones al secretario de prensa del presidente Johnson. Este debía afirmar que la investigación efectuada había determinado que el ataque no había partido de territorio norteamericano, ni violado las leyes de los Estados Unidos. Se añadió que, en caso de que le preguntaran, él debía declarar: «La denuncia de que Artime trabajó *directamente bajo las órdenes de la CIA* es falsa».<sup>72</sup> Estrictamente hablando, esa información era exacta. El gobierno de los Estados Unidos solo le brindaba apoyo financiero al MRR, a diferencia del tipo de dirección operacional utilizada con la Brigada 2506.

A partir del incidente del Sierra Aranzazu, la posición de Artime en la CIA comenzó a deteriorarse. El gobierno de Costa Rica ordenó al MRR que abandonara el país, en aparente respuesta al presunto descubrimiento que confirmaba la participación de grupos comando cubanos en actividades de contrabando, posiblemente una acusación para que el gobierno costarricense pudiera guardar las apariencias.<sup>73</sup> Sin embargo, Anastasio Somoza rehusó transmitirle a Artime la advertencia de la CIA. Aseguró que hablaría con su amigo, pero que de ninguna manera lo amenazaría con la suspensión de ayuda de los Estados Unidos. En realidad, Somoza declaró estar confiado en que Fidel Castro identificara la base con la que contaba Artime en Nicaragua y tratara de bombardearla. «Somoza considera que esta sería la oportunidad de atrapar a Castro en una actividad agresiva que pudiera justificar la aplicación de medidas adicionales en su contra».<sup>74</sup>

Unas semanas después, oficiales de la seguridad de los Estados Unidos le pidieron a Artime cancelar futuros ataques durante las elecciones del otoño de 1964, mientras la CIA reexaminaba las relaciones con el MRR, «el más fuerte de todos los grupos de exiliados cubanos activos». Artime se defendió e indicó a todos los posibles aliados que estaba cultivando dentro del régimen de Castro. Nombró a Efigenio Ameijeiras, viceministro y comandante del Movimiento 26 de Julio;

Juan Almeida, sobreviviente del Moncada y el Granma; Faustino Pérez, veterano del Granma y alto dirigente del M-26-7; Rolando Cubelas y Juan Nuiry, del antiguo DR. Hizo creer a la CIA que andaba planeando un «golpe de Estado contra Castro». Por esa razón, esta recomendó no cortar todavía los nexos con Artime.<sup>75</sup>

En realidad, los agentes de la CIA llevaban varios años trabajando con Rolando Cubelas. Este sobrevivió al asalto al Palacio presidencial, era veterano del Escambray y había presidido la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) durante la etapa de confrontación con los anticomunistas en el movimiento estudiantil, en 1960. «[Él] nunca [nos] ha dado información poco confiable», anotó Gordon Chase. Enviaron a Artime a París para hablar con Cubelas de un plan que entrañaba unir a comandantes del Ejército Rebelde e infiltrados del MRR a fin de llevar a cabo un golpe de Estado palaciego. Más adelante, una junta militar encabezada por Artime sería reconocida por el gobierno de los Estados Unidos. Cubelas recibió dinero y una pistola con silenciador para asesinar a Fidel Castro.<sup>76</sup> Mientras tanto, los agentes norteamericanos le recordaron a Artime la prohibición de emprender nuevos ataques armados.

Artime y el MRR lograron realizar un nuevo ataque contra un objetivo cubano, quizás como una señal para los conspiradores dentro del gobierno revolucionario. En febrero de 1965, lanchas rápidas atacaron un depósito de combustible situado en Casilda, en la costa sur de la provincia de Las Villas. No hubo grandes daños. Las embarcaciones jamás se acercaron al objetivo; prefirieron tirotear de lejos a las unidades del ejército cubano. Los funcionarios de los Estados Unidos no creyeron del todo la afirmación de Artime de que la pelea había durado casi dos horas. Los relatos de la parte cubana corroboraron esas dudas. En la revista *Bohemia* se informó que miembros de la Defensa Popular «repelieron con toda rapidez y energía la agresión» y que «los agresores se vieron obligados a abandonar precipitadamente dicha zona».<sup>77</sup> Casi en el mismo momento del ataque, el MRR trató de sacar a dos agentes que había infiltrado en Cuba. En lugar de ello, fueron capturados y «hablaron hasta por los codos». Por esa razón, el gobierno norteamericano preparó las negativas acostumbradas. «El [Departamento de] Estado está harto del grupo de Artime y parece inclinarse al cese inmediato de los vínculos».<sup>78</sup> También advirtió que las intrigas de Artime con los comandantes de Fidel Castro iban «casi seguro a fracasar» e «incluso pueden ser una trampa».<sup>79</sup> Con una visión retrospectiva, pudiera llegarse a la conclusión de que la táctica seguida por él para entablar conversaciones con Cubelas no tenía muchas probabilidades de éxito. En realidad, el Departamento de Seguridad del Estado sabía de las

reuniones celebradas en París y de muchas cosas más, por las que Cubelas pasó veinticinco años en la cárcel.<sup>80</sup> A todas luces, la estrategia de la CIA de fomentar la disidencia interna les proporcionó muchas menos victorias que el apoyo brindado a los contrarrevolucionarios en el Caribe.

## Conclusiones

Varias conclusiones acerca de la contrarrevolución ameritan comentario. La primera se refiere a sus orígenes. No procedía de miembros del antiguo régimen de Fulgencio Batista. Casi todas las amenazas a la consolidación de la revolución de Fidel Castro surgieron entre sus antiguos colaboradores, los presuntos «liberales», que lo habían ayudado en la lucha contra la dictadura. De esos elementos emergieron los líderes de las rebeliones internas que infestaron la Sierra del Escambray entre 1960 y 1965. Incluso miembros de su propia organización rebelde, el Movimiento 26 de Julio, se separaron de Fidel y contribuyeron a la contrarrevolución.

En segundo lugar, en este estudio se llega a la conclusión de que, desde el principio, los diplomáticos norteamericanos se relacionaron con la disidencia interna. El personal de la embajada se mantuvo en contacto con los moderados del gobierno y continuaron las comunicaciones cuando estos pasaron a la oposición. Muchos disidentes importantes salieron de Cuba con ayuda de los norteamericanos hasta el cierre de la embajada en enero de 1961. Los diplomáticos del Departamento de Estado siguieron propugnando la causa e inquietudes de estos «liberales» y, lamentablemente para el patrocinio de la invasión de Bahía de Cochinos por parte de la CIA, aceptaron su errónea interpretación sobre la fuerza numérica de los partidarios de la contrarrevolución. Por último, hay que llegar a la conclusión de que el compromiso de los Estados Unidos con la causa anticastrista continuó cuando estas personas emigraron a Miami y a otros lugares del Caribe. Se era muy tolerante con la mayoría de los grupos comando y se brindó una importante ayuda financiera, al menos a tres de estos grupos.

Persiste la duda: ¿por qué los formuladores de política norteamericanos apoyaron a la contrarrevolución en el Caribe y corrieron el riesgo de sacar a la luz el entrometimiento de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos, confirmando, a los ojos del resto del mundo, los conceptos más extendidos sobre el imperialismo norteamericano? Quizás parte de la respuesta consiste en que los asesores de política exterior consideraron que el objetivo final (deshacerse de Fidel Castro mediante la subversión) compensaba con creces

el precio de estas tácticas de la guerra secreta. La CIA patrocinó financieramente a los grupos comando que operaban en el extranjero, si bien en la práctica ninguno de sus agentes dirigió las operaciones o escogió los objetivos. Desde el punto de vista técnico, los formuladores de política de los Estados Unidos podían asegurar con absoluta seriedad que los paramilitares cubanos no actuaban «bajo el control» de los organismos de seguridad norteamericanos. Pudiera afirmarse que estos grupos «autónomos» de emigrados protegieron a los políticos. «Son combatientes por la libertad», podían afirmar los voceros del gobierno dejando amplio margen para toda una gama de interpretaciones.

Además, como declarara el presidente Eisenhower en una ocasión, estas operaciones comando no mostraban de forma ostensible «nuestra asistencia». Sin lugar a dudas, se refería a lo que luego sería la invasión de Bahía de Cochinos, que al final dio al traste con el desmentido que Ike buscaba.<sup>81</sup> No obstante, los contrarrevolucionarios radicados en el extranjero, como Artime, Ray y Gutiérrez Menoyo, brindaron mayor cobertura a los dirigentes políticos de los Estados Unidos. El Segundo Frente, la JURE y el MRR protegieron sus bases en el extranjero, cultivaron a los líderes de los países escogidos por los revolucionarios entrenados en Cuba y seleccionaron sus propios objetivos y medios para entablar combate. Sobre todo, los ataques armados y la infiltración de saboteadores no exigían que las fuerzas militares norteamericanas hicieran algo. El ataque a la estación de radar, si bien pudo haber provocado bajas soviéticas, no llevaría a un ajuste de cuentas sobre Berlín, ni el rompimiento de relaciones de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Si Menoyo o Ray tiroteaban un central azucarero en la provincia de Oriente, Jrushov no la emprendería a zapatazos contra su escaño en las Naciones Unidas. En una evaluación hecha por la CIA se llegaba a la conclusión de que «los ataques contra objetivos cubanos organizados desde afuera han contribuido a mantener las esperanzas entre los numerosos cubanos que están desilusionados del régimen».<sup>82</sup> Sin embargo, esa esperanza jamás provocó un levantamiento a lo largo y ancho de la Isla.

A los formuladores de política de los Estados Unidos no les preocupaba la postura hipócrita que adoptaran en la OEA contra «el patrocinio del terrorismo por parte de Cuba», pero sabían que no tenía demasiada importancia. La política manifiesta de aislar a Cuba del concierto de repúblicas latinoamericanas resultó tan exitosa (con excepción de México y Canadá), que los Estados Unidos tuvieron el respaldo de la OEA en la intervención militar de 1965 en República Dominicana para impedir que la izquierda tomara el

poder. Además, los políticos sabían que patrocinar la guerra secreta no pondría en peligro ninguna otra política pública ideada para luchar contra el castrismo en América Latina —por ejemplo, la asistencia militar, los Boinas Verdes, los Cuerpos de Paz y la Alianza para el Progreso. Sin embargo, también reconocieron que la diplomacia intelectual no derrocaría a Fidel Castro. Por ello financiaron secretamente a aquellos exiliados contrarrevolucionarios capaces de encender la chispa de una rebelión interna en Cuba o, con un poco de suerte, asesinarlo.

Si las económicas operaciones encubiertas brindaban réditos potencialmente jugosos, ¿por qué razón la Casa Blanca interrumpió el programa de la CIA para ayudar a la contrarrevolución cubana en el Caribe? ¿Porque se había vuelto contraproducente! Las revelaciones hechas por Menoyo en la televisión cubana pusieron en una situación embarazosa al país más poderoso del mundo. Dejaron al descubierto la política norteamericana en todo su mezquino afán de venganza y su activa cooperación con las dictaduras más brutales de América Latina. Hizo que los norteamericanos parecieran tan imperialistas como afirmaban Fidel y el Che. La metedura de pata de Artime tuvo resultados mucho más devastadores. La prohibición de la navegación neutral en el mar Caribe amenazaba la alianza que protegía la insegura tregua de la Guerra fría en la región más estratégica para los Estados Unidos: Europa occidental. El hecho de que los contrarrevolucionarios atacaran barcos mercantes británicos, franceses o españoles en aguas internacionales aterró a los norteamericanos. Aunque esos países no se sumaran al boicot económico contra Cuba, los Estados Unidos seguían necesitando su ayuda en la importantísima tarea de frenar el avance soviético en Europa. Aunque les saliera barato, el derrocamiento de Fidel Castro no valía las discrepancias en el seno de la OTAN.

Por último, en algún momento, esos políticos consideraron que en realidad estaban permitiéndole a Fidel fortalecer su poder. Los contrarrevolucionarios le daban pretextos para detener a posibles enemigos y eliminar a los aspirantes al poder. Le dieron los motivos, e incluso la necesidad, de organizar las milicias, confiscar propiedades, llenar las cárceles, militarizar la isla, organizar la vigilancia en los barrios y movilizar a los ciudadanos. Cada vez que se descubría una conspiración, se producían detenciones. En un informe de la CIA se llegaba a la conclusión de que la tolerancia de los ataques contrarrevolucionarios por parte de los Estados Unidos constituía «un regalo propagandístico» para Fidel Castro porque les recordaba a los cubanos la hostilidad norteamericana.<sup>83</sup> Al final, los formuladores de política tuvieron que admitir que las incursiones comando pudieron haber contribuido a la longevidad

del régimen. «Los exiliados cubanos en general se niegan a creer que la liberación no esté al doblar de la esquina», observó el agente de la CIA Richard Helms en 1964.<sup>84</sup> Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Frustrado por la ausencia de opciones en materia de política hacia Cuba, el presidente Johnson preguntó en una ocasión a Thomas Mann, del Departamento de Estado, como se libraría de Fidel Castro. «Mientras el ejército le sea fiel va a seguir ahí hasta que se muera», contestó.

Traducción: Esther Muñiz.

## Notas

1. Durante el gobierno de Johnson, agentes de la seguridad de los Estados Unidos entregaron a la Casa Blanca la traducción de la entrevista televisada. «Gutiérrez Menoyo Questioned by State Security», 3 de febrero de 1965, Archivos de la Seguridad Nacional, archivo de país, caja 22, biblioteca Lyndon Baines Johnson, Austin, Texas [en lo adelante NSF-22-LBJ]. Para las versiones cubanas de la captura de Menoyo, véase *Bohemia*, La Habana, 5 de febrero de 1965; *Verde Olivo*, La Habana, 28 de febrero de 1965.
2. Este artículo analiza a los grupos contrarrevolucionarios que siguieron luchando fuera de Cuba, lo que se ha visto facilitado por la desclasificación de materiales. Algunos documentos de los gobiernos de Eisenhower, Kennedy y Johnson se reunieron en la colección *Foreign Relations of the United States (FRUS)*. Otra abundante serie de documentos «secretos» de la Agencia Central de Inteligencia, el Buró Federal de Investigaciones, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa también se hallan en depósito en los archivos presidenciales.
3. «Future of CIA's Cuban Paramilitary Program; Proposed UDT Sabotaje Operations», 18 de enero de 1965, NSF-22-LBJ. Para la directriz de política del presidente John F. Kennedy que establecía el programa encubierto, véase *FRUS Dominican 1964-1968*, v. 32, US Government Printing Office, Washington DC, 2005, pp. 720-1.
4. Richard Helms, «Analysis of the Reaction of the Cuban Government and Cuban Exiles to Recent Anti-Castro Activity», 21 de mayo de 1964, biblioteca LBJ, NSC, CF, LA-Cuba, b. 22.
5. «Cables informativos de inteligencia de la CIA», 15 y 20 de agosto de 1965; «Telegrama del Departamento de Estado», 4 de noviembre de 1964, NSF-22-LBJ.
7. «Security Threat in Isthmian Area», 12 de julio de 1965, NSF-22-LBJ.
8. *The New York Times*, 12 de julio de 2008.
9. «Cable de información confidencial de la CIA», 14 de junio de 1964, NSF-22-LBJ; Peter Kornbluh, ed., *Bay of Pigs Declassified: The Secret CIA Report on the Invasion of Cuba*, The New Press, Nueva York, 1998, p. 96; *Bohemia*, La Habana, 11 de mayo de 1974.
10. *FRUS South and Central America 1964-1968*, US Government Printing Office, Washington DC, p. 11.
11. «De Chase a Bundy», 14 de mayo de 1964 y 16 de junio de 1964; Peter Jessup, «Memorandum for the Record», 9 de abril de 1964, NSF-22-LBJ. Véase también Ignacio Ramonet, *Cien horas con Fidel*, Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006, p. 284.
12. *FRUS Dominican*, p. 611.
13. Véase Carlos Franqui, *Diary of the Cuban Revolution*, Viking Press, Nueva York, 1980, pp. 147-69; Hugh Thomas, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, Da Capo Press, Nueva York, 1998; Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, *The Cuban Insurrection, 1952-1959*, Transaction, Nueva Jersey, 1974, pp. 175-87.
14. Jorge G. Castañeda, *The Life and Death of Che Guevara*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1997, pp. 134-45; John Lee Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Grove Press, Nueva York, 1997, p. 354; Paul J. Dosal, *Comandante Che*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2003, pp. 152-3.
15. «Weeks Report», 11 de agosto de 1959; 18 de agosto de 1959, Archivos Nacionales del Departamento de Estado (NADS), Cuba 1955-1959, 737.00(W)/8-1959; 24 de marzo de 1959, NADS, Cuba 1955-1959, 737.00(W)/3-1959, Rufo López Fresquet, *My Fourteen Months with Castro*, World Publishing Company, Cleveland, 1966, pp. 133-8.
16. «Weeks Report», 16 de marzo de 1960, NADS, Cuba 1960-1963, 737.00(W)/3-1960. Véase también Eloy Gutiérrez Menoyo, *El radarista*, Editorial Playor, Madrid, 1965.
17. Richard F. Fagan, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford University Press, Stanford, 1969, p. 41; Jesús Arboleya, *The Cuban Counter-Revolution*, University of Ohio Press, Athens, 2000, pp. 113-9.
18. Jorge I. Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1978, pp. 345-6; Enrique G. Encinosa, *Cuba: The Unfinished Revolution*, Eskin Press, Austin, 1988, p. xii.
19. Enrique G. Encinosa, ob. cit., p. 75; Julio Crespo Francisco, *Banditismo en el Escambray. 1960-1965*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986; José R. Herrera Medina, *Operación Jaula: contragolpe en el Escambray*, Verde Olivo, La Habana, 2006.
20. «Planned Activation of Plan Omega», 28 de noviembre de 1963, NSF-22-LBJ; Aran Shetterly, *The Americano: Fighting with Castro for Cuba's Freedom*, Algonquin Books, Chapel Hill, 2007.
21. «Telegrama del Departamento de Estado», 17 de diciembre de 1963, NSF-22-LBJ.
22. *Ibidem*, 27 de febrero de 1963.
23. *Ibidem*, 20 de mayo de 1964.
24. «Cable de información confidencial de la CIA», 22 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ. Eloy y su hermano mayor, Carlos, habían nacido en España; Carlos luchó junto a los izquierdistas durante la Guerra civil española.
25. Dirección de inteligencia, «Weekly Cuban Summary», 19 y 27 de enero de 1965, NSF-36-LBJ; «Cable de información confidencial de la CIA», 20 de enero de 1965, NSF-22-LBJ.
26. «Translation of Havana Prensa Latina Report», NSF-22-LBJ. Se identificó a los prisioneros como Menoyo, Ramón Quesada Gómez, Domingo Ortega Acosta y Noel Salas.
27. «Informe del Departamento de la Marina», 30 de enero de 1965, NSF-22-LBJ; «Weekly Cuban Summary», 10 de febrero de 1965, NSF-36-LBJ.
28. «De Chase a Bundy», 26 de enero de 1955, archivo de país, NSF-20-LBJ.
29. «Cuba Airs "Confession" by Menoyo», *The Washington Post*, Washington DC, 2 de febrero de 1965.

30. Dirección de inteligencia, «Weekly Cuban Summary», 3 de febrero de 1965, NSF-36-LBJ.
31. CIA, «Weekly Cuban Summary», 7 de abril de 1965, NSF-36-LBJ; Ignacio Ramonet, ob. cit., p. 550.
32. *Ibidem*, 10 y 24 de febrero de 1965, NSF-36-LBJ.
33. Carlos Franqui, ob. cit., p. 439; Ramón Bonachea y Marta San Martín, ob. cit., pp. 207, 213.
34. «Weeks Report», 17 de marzo de 1959, NADS, Cuba 1955-1959, 737.00(W)/3-1959.
35. Véase Hubert Matos, *Cómo llegó la noche. Memorias*, Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pp. 337-52.
36. «Weeks Report», 1 de diciembre de 1959, NADS, Cuba 1955-1959, 737.00(W)/12-1959; *FRUS Cuba 1958-1960*, v. VI, US Government Printing Office, Washington DC, 1991, pp. 649, 1138.
37. *FRUS Cuba 1955-1959*, US Government Printing Office, Washington DC, p. 1158.
38. *FRUS Cuba 1961-1962*, v. X, US Government Printing Office, Washington DC, 1997, pp. 116, 430 y 630; *Cuban Missile Crisis and Aftermath*, US Government Printing Office, Washington DC, 1996, pp. 25, 843; Wayne S. Smith, *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S.-Cuban Relations since 1957*, W. W. Norton, Nueva York, 1987, p. 72; Jesús Arboleya, ob. cit., p. 73.
40. «Memoria informativa de la CIA», 11 de febrero de 1964, NSF-22-LBJ.
42. A. Bocourt, *CIA Objective: To Destroy the Cuban and Latin American Revolutions*, New Age Printing Press, Nueva Delhi, 1967, p. 12.
43. «Cable de información confidencial de la CIA», 20 de marzo de 1964, NSF-22-LBJ.
44. «De Richard Helms al Director», 20 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ.
45. John Crimmins, «Memorando de conversación», 27 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ.
46. *The New York Times*, Nueva York, 21 y 22 de mayo de 1964; «Cable de información confidencial de la CIA», 23 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ.
47. «Cable de información confidencial de la CIA», 26 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ.
48. «Cable de información confidencial de la CIA», 26 y 28 de mayo y 1º de junio de 1964, NSF-22-LBJ.
49. *Bohemia*, La Habana, 29 de mayo de 1964.
50. «De Chase a Bundy», 3 de junio de 1964, NSF-22-LBJ. Entre otros colaboradores de Ray estaban Orlando Acosta Suárez, ex alcalde de Marianao, y Carlos Zárrega Martínez, ex miembro del grupo Cuba Libre; «Cable de información confidencial de la CIA», 3 de junio de 1964, NSF-22-LBJ; *FRUS Dominican*, p. 656; *The New York Times*, Nueva York, 4 de junio de 1964.
51. *FRUS Dominican*, pp. 663-4.
52. «Cable de información confidencial de la CIA», 27 de junio y 2 y 13 de julio de 1964, NSF-22-LBJ.
53. «Cable de información confidencial de la CIA», 24 de diciembre de 1964, NSF-22-LBJ. Dirección de inteligencia, «Weekly Cuban Summary», 30 de diciembre de 1964, NSF-36-LBJ.
54. «Cable de información confidencial de la CIA», 26 y 27 de enero y 16 de febrero de 1965, NSF-22-LBJ.
55. A. Bocourt, ob. cit., pp. 45-7. El testimonio de muchos prisioneros en Cuba indica que estos antiguos integrantes de los grupos comando eran jóvenes desarraigados a quienes impulsaba más el salario que las diferencias ideológicas con la Revolución.
56. «Weeks Report», 19 de mayo de 1959, NADS, Cuba 1955-1959, 737.00(W)/5-1959.
58. Haynes Johnson *et al.*, ob. cit., pp. 23-6; Félix I. Rodríguez y John Weisman, *Shadow Warrior. The CIA Hero of a Hundred Unknown Battles*, Simon & Schuster, Nueva York, 1989.
59. «Memoria informativa de la CIA», 3 de diciembre de 1963, NSF-22-LBJ. El MRR contaba con un puesto de gasolina en República Dominicana. Félix I. Rodríguez y John Weisman, ob. cit., p. 122; Bradley Earl Ayers, *The War that Never Was: An Insider's Account of C.I.A. Covert Operations Against Cuba*, Bobbs-Merrill Company, Indianápolis, 1976, p. 211.
60. Félix I. Rodríguez y John Weisman, ob. cit., p. 116.
61. *Ibidem*, p. 119. La CIA canalizaba el dinero a través de una empresa fantasma llamada Marítima BAM.
62. «Cable de información confidencial de la CIA», 15 de abril de 1964, NSF-22-LBJ.
64. «Aerograma del Departamento de Estado», 22 de abril de 1964, NSF-22-LBJ.
65. «Cable de información confidencial de la CIA», 2 de julio de 1964, NSF-22-LBJ.
66. «Cable de información confidencial de la CIA», 10 de julio de 1964, NSF-22-LBJ. Félix Rodríguez, que se desempeñaba como oficial de comunicaciones del MRR en Nicaragua, escribe acerca de la captura de Gabriel Albuérne, un espía y saboteador en Nicaragua. Félix I. Rodríguez y John Weisman, ob. cit., p. 121.
67. «Cable de información confidencial de la CIA», 14 de mayo de 1964, NSF-22-LBJ.
68. «Attack on Sugar Mill at Puerto Pilon», 5 de junio de 1964, NSF-22-LBJ.
69. «Dean Rusk to AmEmbassy Rio de Janeiro», 25 de mayo de 1964, NSF-30-LBJ; «Cable de información confidencial de la CIA», 1 de junio de 1964, NSF-32-LBJ; Félix I. Rodríguez y John Weisman, ob. cit., pp. 122-3.
70. «De Chase a Bundy», 8 de junio de 1964, NSF-30-LBJ.
71. «Raid», 31 de agosto de 1964, NSF-22-LBJ.
72. Departamento de Defensa, «Cable del centro de mando militar nacional», 15 de septiembre de 1964, NSF-15-LBJ.
73. «Noticias de la Associated Press», 15 de febrero de 1964, NSF-15-LBJ; Félix I. Rodríguez y John Weisman, ob. cit., pp. 122-3.
74. «Comunicado de prensa», 16 de septiembre de 1965, NSF-15-LBJ. Más adelante el gobierno español acusó al presidente Donald Reid Cabral de permitir a grupos paramilitares cometer actos de piratería y terrorismo desde bases dominicanas. El gobierno de los Estados Unidos reconoció que los dominicanos habían proporcionado bases a grupos comando cubanos, aunque no públicamente. Por su parte, las protestas de España hirieron a República Dominicana, que «mostró cierto nerviosismo por la reacción personal de Franco y la posibilidad de que pudiera tomar represalia[s] directa[s]». República Dominicana tenía una nutrida colonia española, y el presidente

Jonathan C. Brown

Reid no deseaba «alborotarla». «AmEmbassy Santo Domingo to State», 9 de noviembre de 1964; Departamento de Defensa, «Del Centro de mando militar nacional a la Casa Blanca», 6 de noviembre de 1964, NSF-22-LBJ; «AmEmbassy Santo Domingo to SecState», 9 de noviembre de 1964, NSF-20-LBJ.

75. «De Robert F. Woodward a W.W. Rostov», 3 de octubre de 1964, NSF-22-LBJ.

76. «De Chase a Bundy», 10 de noviembre de 1964, NSF-20-LBJ.

77. «Para la información del mediodía», 18 de enero de 1965, NSF-30-LBJ.

78. CIA, «Weekly Cuban Summary», 9 de diciembre de 1964; Dirección de inteligencia, «Weekly Cuban Summary», 9 de diciembre de 1964, NSF-36-LBJ.

79. J. C. King, «Meeting with General Anastasio Somoza», 17 de septiembre de 1964, NSF-22-LBJ.

80. «Future of the Autonomous Group Headed by Manuel Artime», 6 de noviembre de 1964, NSF-22-LBJ.

81. «De Chase a Bundy», 5 de enero de 1965; «Activities of Manuel Artime Buesa During December and Early January», 6 enero de 1965, NSF-22-LBJ.

82. Dirección de inteligencia, «Weekly Cuban Summary», 10 de febrero de 1965, NSF-36-LBJ; *Bohemia*, La Habana, 12 de febrero de 1965.

83. «De Chase a Bundy», 9 de febrero de 1965, NSF-22-LBJ.

84. «Withdrawal of Support from Artime Group», 23 de febrero de 1965, NSF-22-LBJ. La Casa Blanca instó a todos los oficiales

norteamericanos a abordar el rompimiento de nexos con Artime con extrema delicadeza. Véase «Proposed Script for Conversation with Somoza on Artime», s.f., NSF-22-LBJ.

85. Sobre la nueva estrategia de la CIA, véase *FRUS Dominican*, p. 747. Los contactos de la CIA con Artime comenzaron en 1961, y los servicios de inteligencia cubanos luego conocieron casi todos los pormenores. Véase *FRUS Dominican*, pp. 742-3; Jacinto Valdés-Dapena, *La CIA contra Cuba: la actividad de la CIA y la contrarrevolución (1961-1968)*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2002, pp. 226-37.

86. *FRUS Dominican*, p. 555.

87. Algunos analistas albergaban esperanzas de que oficiales descontentos en las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas, estimulados por los ataques en el extranjero, organizarían un golpe de Estado. *FRUS Dominican*, p. 554.

88. CIA, «Weekly Cuban Summary», 17 de marzo de 1965, NSF-36-LBJ. Como apunta Jorge I. Domínguez: «Todas las organizaciones de masas cubanas se crearon cuando el gobierno revolucionario estaba amenazado». Véase Jorge I. Domínguez, ob. cit., p. 445.

89. Richard Helms, ob. cit.

© TEMAS, 2008